

Kanashibari

Rafael Aguirre Flores



Capítulo 1

Para mamá.

PUTREFACCIÓN

Soy el dios de la piel oscura. Mi sudario es la noche, mis pies el hierro que hierve con rabia soñolienta en el interior del caldero. Dios negro, portador de presagios y posibilidades, mi manto es el áspero plumaje de los buitres que festejan el triunfo de la muerte y el olvido de las deidades amasadas en el fango, la Región Árida y Escondida clama de tiempo en tiempo desde las tétricas bóvedas del occidente por la sangre bendita del sol, sangre enjoyada, preciosísima.

Con dieciséis monedas de cobre he alimentado al herrumbroso y sombrío mastín apostado en el los templos de la arena desmemoriada, ahí donde se ha roto la ilusión del tiempo.

Soy hombre, soy el niño, retoño nacido de la llama nueva. No todo es mentira, no hay sacrificio que no haya sido elegido por mí.

ERES EL HAMBRE

Elegiste ser lobo. Para permanecer hambriento por siempre. Sabias eran tus patas y viciosos tus amarillentos colmillos pues conociste todos los caminos y desangraste todas las presas allá en los caminos donde la sombra se extiende. Metódico olfateaste las mejillas hinchidas de pánico y los sexos contraídos por la gélida cercanía de la muerte, no tuviste reparo, nunca lo necesitaste. Fuiste de esos niños prodigio que la Soledad pare con dolor infinito cada fin de siglo.

Devoraste a los hombres que crecieron como hongos pestilentes y quejumbrosos a la sombra de viejos árboles cargados de terribles

augurios, pero ahora eres ciego y desdentado, te provoca el imbécil y el idiota hiende con sus teorías tus débiles costillas y la salvaje risa desencaja las mandíbulas.

Eres una puta broma.

Dos puños de roca prendieron el fuego triste donde tendiste tu piel curtida, devoras la película rosada que se adhiere a tus huesos y continuas con las partes blandas hasta convertirte en rueda dentada, trituras la madera, quebrantas el metal, y a pesar de tus dolores de columna, puedes bailar sobre el rayo.

Pero como el tiempo, comenzaste a replegarte sobre ti mismo.
Apartando el estómago,

y por último el corazón.

LUCIDEZ

A media mañana soñé el murmurar del desierto. Sabio me arropó entre sus brazos con el clamor de océanos imposibles y me besó con sus labios de llama inmortal, de cerca, me di cuenta de que su aliento olía a incienso y revelación. Con manos engarzadas de meteoro e intermitentes estrellas abrió su amplio regazo dejando escapar a la bestia borgoña y pestilente que golpeó mi rostro con el batir de sus alas candentes. Sus potentes piernas de lagarto decididas treparon sobre mí y asentó sobre mis hombros su vientre preñado de visiones y fúnebres secretos, sus terribles ojos de león casi me hacen desfallecer al mostrarme el horror y la posibilidad del vacío. Luego levantó el vuelo y sus sagradas plantas -más de hombre que de bestia- que hicieron crujir con su peso las ruinas de ciclos y mundos muertos.

Pude verla con claridad a través del oscuro cristal engastado en mi frente como el único maestro a seguir y devorar.

En la cósmica negrura de su hocico salpicado de escamas brillan siete estrellas, siete ángeles inflamados de amargura y gloria, todos nacimos al final del tiempo. □

ARRUGAS

Polvorientos capullos.

Ásperos brotan en mi rostro lloroso.

Vestigios de una cultura muerta,
alas de Ícaro
secándose al sol.

Pasajes en largo y penoso descenso
a la concreción de las formas.

Rabiosa,
cáustica,
por momentos...visceral y sarcástica,
la experiencia anega viejos puentes.

Construye a dentelladas
gruesas arrugas
en mi cara.

-Por ahora-.

MAÑANA ME TOCA PARTIR

Mi cuello se pela por tanto luchar contra la pesada y negruzca serpiente que se enreda en torno a él. Gordas y hambrientas pulgas se zambullen en mi pelaje mugriento, esforzadas en su cometido, cavan galerías gigantescas en mi carne. Duele sentir sus diminutos colmillos hundirse cada vez más. La furia me hace rascar pero el ataque no cesa.

Cree el Gigante que me he acostumbrado a esto pero nunca lo haré, antes venía seguido por aquí cuando era bueno y me alimentaba, pasábamos las horas jugando a ocultarnos en el laberinto entre las pilas de cacharros que sostenían el cielo radiante, él me amaba, o al menos eso pensé.

Cierto día, otro guardián apareció, uno más joven y fuerte, con la mirada en llamas y la mandíbula recia, terrible, como de león. Él comenzó a recibir premios y caricias, y yo, sólidos puntapiés que hacían crujir mi viejo costillar. A pesar de todo no he tenido el valor suficiente para

devolver el daño.

Ahora mi reemplazo corre libre entre el laberinto y el viejo jardín mientras me pudro de manera lenta y dolorosa.

La serpiente pesa cada vez más le ruego afloje su abrazo pero no me escucha, trato de arrancarla y pierdo varios dientes en ello. Ruge el cielo y millones de patas diminutas golpean los cacharros. Charcos hediondos devuelven turbios fragmentos a la atmósfera sobre ellos flotan torpes barcos de amarillo y marrón.

Se reblandece la tierra y me empapo cada vez más, las pulgas se han detenido, tal vez se han ahogado, sonrío pero mi alegría no dura mucho pues crueles agujas de hielo vienen de lo alto para golpear mi carne.

Olfateo algo que revolotea sobre los muros, huele al gélido viento de las montañas pero también a los atardeceres salpicados de podredumbre y moscas. Su voz arrastra una vieja canción, el quebrantar de huesos secos.

Hombre, insecto, cadáver, es una tétrica sombra que burbujea y se arrastra, viene hacia mí. Me arrebató para luego volcarme sobre la negrura.

Mis parpados se han vuelto pesados, no lo soporto, tengo tanto frío.

Me despiertan las contundentes pisadas del Gigante, su guardián describe círculos entre sus piernas potentes y gruesas como pilares de roca. Apoya sobre su hombro una cuchara larga y herrumbrosa; su compañero olisquea sus botas llenas de barro, el hombre se aleja silbando alegremente y el sudor escurre por su frente amplia.

Estoy sorprendido al darme cuenta de que la serpiente me ha dejado de constreñir, deslizo un poco mi cuello y pronto la veo caer, sus anillos dejan escapar un grito enmudecido al tocar la tierra húmeda.

La pareja voltea extrañada, luego me ignora por completo.

Pasan los días y el hombre va y viene, el Centinela hace su trabajo para recibir buenos trozos de carne y caricias que parecen sinceras. Parece que se han olvidado de mí, al menos se han ido el hambre y el frío pero mi furia crece con la velocidad del fuego que carcome las hojas muertas.

Espero agazapado hasta el anochecer, ésta vez el guardián nota mi presencia al olfatear el aire, mi aroma es desconocido para él. Sus ojos chisporrotean y viene por mí pero ya nada temo.

Ahora soy como el relámpago que veloz estalla entre los nubarrones, no temo a la bota ni al colmillo, sus ladridos quedan muy atrás y no puedo contener el triunfo que se desparrama en mi pecho.

Pronto arrancaré la garganta de su amo, pues mañana, me toca partir.

SILLÓN VACÍO

Pegajosas estrellas de polvo y mugre estallan en la sala.

Pacientes, Herrumbre y Polilla, tejen con dedos largos y enmarañados tramas de apagado atardecer devorando los cuerpos que se pudren a la espera. Atrapadas en la grasienta marisma de laca se retuercen las garzas de plumaje color hueso tras recordar la libertad prometida.

Sus picos se trenzan en silencioso duelo.

Me lastima la fría risa de los niños, el agudo batir y entrechocar de sus alas como crueles mariposas de vidrio y metal. Me lastima el rechinar de pesadas aspas en molienda del cálido aliento que se escapa de tus manos ansiosas. Sempiterna se ha vuelto la sequía que anega el violáceo laberinto de tus brazos, trepa inmisericorde por tu cuello hasta cubrirte el rostro salpicado de sabias grietas.

Todo ha pasado y mis ojos lo ven tras gasas de fría neblina contra el cielo gris acero.

Ayer no amaneciste y yo sin darme cuenta había hecho planes.

AQUELLA TUMBA

De palpitante hielo son los brazos que rodean tus húmedos flancos tímido sol de pétalos blancos.

Desganado confortas

el polvoriento contenido de los sepulcros.

Eres aquella tumba, profano altar.
Eres herida profunda,
negro relámpago atado a mi carne.

Tus carcomidos labios hienden mi frente
Pronto guardaré en ti mi cuerpo
como el mejor de los recuerdos.

PESTAÑO

-Ábrenos-.

Dientes de lija mastican unicel, el aullido de un perro se difumina entre los humeantes restos de la noche. Mi cuerpo embotado flota, casi imaginario.

Cierro la pesada carpa y la oscuridad descansa en el interior, muy a mi pesar, me rechaza.

-Ábrenos-, pinceladas de trueno surcan las tinieblas.

Ensaya la maquinaria del reloj y cíclicos crujen sus engranes. Ligeramente el sueño pasa sin despedirse, descalzo, para no invocar el aleteo de viejos demonios.

La puerta se abre.

Presiento el incipiente día barrer las estrellas con un soplo.

Para entonces, habré enloquecido.

HOSTIGAMIENTO

De clavos están hechos mis puños crispados

sonrisa de músculos tensos,
en ángulo recto la pose y la foto.

Vapor condensado en el polvo
monta en cristales de furia.

La frustración que se adivina en la inminente derrota
-espíritu en ruinas, arqueología de las salas de emergencia-.
Sepultado bajo oleadas de caos el pensamiento huele exacerbado,
martilleo de sangre y dientes rotos.
Indómita pulsión,
huellas que los peritos siguen.

Enmarañada la sala de audiencia
Escena última del crimen,
el rincón en que el ángulo muerto sin querer nos delata.

TROMPO

La anciana me lo dijo, la voz ronca; su rostro, negra telaraña.

Prometió devolverme a mi compañero luego que los muchachos lo
acuchillaron -cabrones hijos de puta- su voz se convirtió en arcadas, el
rostro velado irradiaba enfermedad.

No creí que mi amigo pudiera regresar, al igual que mis padres, nadie lo
hace.

Sin embargo ella cumplió la promesa.

Lavé las heridas de Trompo, atento a mis nauseas, removí las purulentas costras. Pero él prefería la soledad y los rincones oscuros; al anochecer despertaba con hambre y escapaba sin que me diera cuenta.

Al volver traía cosas que a pesar de mi repugnancia tuve que enterrar.

Aborrecí con toda mi fuerza su abyecto hedor y las espesas nubes de moscas que revoloteaban en cada rincón. Pero sobre todas las cosas, odié sus ojos, aquellas esferas grises inyectadas de infinita nostalgia; no de su vida anterior, sino de la muerte que yo le negué.

Desesperado busqué a la vieja en la penumbra subterránea, al encontrarla rogué que todo fuera como antes.

“Beben la simiente nueva los vástagos que la noche engendra” su voz derrapó en inmunda expectoración. Un croar, un ladrido. Soltó una risotada que me barrió con la fuerza del viento glacial y aterrado corrí con cálida mancha entre mis pantalones.

Hallé a Trompo en las escaleras, fétidos rieles de negro y marrón me guiaron a él.

Mordisqueaba algo –no quise mirar-, enfurecido lo golpeé hasta el cansancio. Luego, arrepentido, acaricié su pelaje plagado de gusanos. Pude escuchar como rastrillaban la carne bajo su putrefacta piel.

La víctima se acurrucó entre mis piernas, tosió, hilos de macilenta negrura colgaron de su hocico. Asqueado me aparté pero los gusanos ya trepaban por mi cuerpo.

Luché pero el horror ya se abría paso a través de mi piel e infectando cada poro. Marejada palpitante, execrable, me cubrió. Mientras llenaba mi boca preferí pensar que había mordido una rebanada de cielo.

EL PASILLO ROJO

Las ruedas del carro rechinan quejumbrosas cada vuelta es un lamento en miniatura que se pierde en la penumbra. Vestido de suciedad el corredor se transforma en garganta inmunda, sus paredes parecen henchirse y palpitar mientras el eco de pasos furibundos estalla entre los charcos pestilentes. Ellos están cerca, al parecer alguien ha corrido la voz y ya vienen tras de mí. Lucho para no mirar dentro de la canastilla y toparme con el rostro macilento de Wataru, con el cascarón profanado en que su cuerpo se había convertido. Hace meses de la llegada de mi amigo al

complejo desde Okinawa, sin padres, sin amigos, siempre de un lado a otro. Un día, y sin darme cuenta, nos volvimos inseparables. Me siento impotente y trato de limpiar la ardiente cascada que se desborda de mis ojos, hurgo en mi casaca mugrienta y hallo la vieja pelota de cuero con la que jugábamos.

Me quedo sin palabras para describir mi furia, mi asco.

No logro acostumbrarme a la putrescente garra que atenaza mis vísceras pues llevo grabados a fuego en mi cabeza los rostros avasallados por la oleada de gas, los puños que desesperados se destrozan contra el grueso muro de cristal y los gritos que congelados murieron en grotesco gesticular. Poco a poco nos convertimos en cómplices del horror, para cuando nos dimos cuenta de ello era ya demasiado tarde.

No estábamos aquí para defender un país sino para asesinar sin remordimientos a las órdenes del peor de los tiranos.

Recuerdo los fútiles intentos de muchos compañeros, planes que abruptamente se vinieron abajo pues la muerte los sorprendió a lomos de un relámpago.

Los brazos mutilados de Wataru sobresalen de entre la canastilla oxidada y sus dedos parecen tratar de aferrarse a la pulsante oscuridad. Su sangre –aún caliente- chorrea de camino a los hornos, sin detenerme a pensar alejo a puntapiés a las ratas que se arremolinan enloquecidas en busca de un trozo de su carne muerta.

De pronto, soles hambrientos ardieron al final del corredor coloreando con llamaradas de ardiente carmesí los húmedos muros, con horror contemplé sus fauces demandando tributo fresco. Aterrado manoteo contra las figuras de ogros de herrumbrosos colmillos y afiladas cornamentas que se desparraman sobre mí. Escucho a los oficiales gritar órdenes y reír mientras se decide mi destino, sus voces de trueno retumban en los muros, cada propuesta supera en crueldad a la anterior. Mis pasos continúan y mis dientes se apretujan entre sollozos, no puedo más y junto al estallido de las ráfagas comienzo mi enloquecida carrera mientras pido perdón a Wataru y sobre todo a nuestras víctimas. Cruzo a toda velocidad el campo sembrado de bayonetas y cuerpos destrozados por los disparos, a lo lejos el sol descendía consternado y envuelto en gasas bermellón hacía las sombras de la tierra muerta.

Percibo el roce de manos callosas sobre mi espalda y ruego a mis piernas soportar el viaje hasta el cerco al final del complejo pero mis pies se hunden en el barro y sin remedio caigo dando violentos manotazos. Los gritos, los pasos que chapotean tras de mí, los ladridos de furia y horror, se agolpan y explotan en mi cabeza como cargas de dinamita. Atenazado por el horror me aferro a la pelota mientras los rifles vomitan su ardiente

carga sobre mí. En la putrescente penumbra el agusanado rostro de Wataru me sonrío para luego desmoronarse.

Poco me queda por temer en el infierno pues toda su crueldad me ha sido mostrada ya.

KANASHIBARI

Cuchillas carmesí rasgan ansiosas la aceitosa oscuridad, y agónica, la noche se retuerce incapaz de remendar sus cenagosas heridas. Sobre mi rostro contraído y amarillento corretea el vómito de un millar de satinadas extremidades dejando en cada poro la desesperación de su repugnante carrera.

Mutilado y proscrito en la metálica neblina me arrastro por entre las sombras venenosas e ingenuas, mis ojos perdidos entre el funesto aletear de las golondrinas no atrapan más que un atisbo de sus rostros empañados al tiempo que sus amoratadas rodillas se hunden con el peso del tiempo y la agitación de la marea hasta las tenebrosos recovecos de mi pecho.

Me invade el Horror y sin mediar tregua fustiga mis plantas agarrotadas con sus alas hinchidas de gélida risa. Sobre los bordes eventuales e inciertos se yergue con altiva tristeza en la figura de una mujer enlutada cuyos labios fueron zurcidos tres veces y media en un cruce de caminos a la medianoche.

A su paso, la negra figura salpica de rojo celofán las paredes de papel arroz con el demente mugir de agrios fantasmas y sus dedos tejidos de púrpura vibran con gestos embotados de profecía.

El lejano golpeteo de herrumbrosos martillos termina por hundirme entre el vivo terror de rezos enmohecidos y cirios a punto de extinción.

Más allá algo se desploma en repulsivo chapotear.

No es aquello a quien temo...sino a lo que viene detrás.

VERANO PERDIDO

Amarillentas miradas

chispas salpican,
reventaron incendiadas
de puños amoratados.
Lía el estío poseído, dios.
Soñé sonámbulo de grises raptos
Sumergido en el crudo
metálico y muertas
pegajoso crujir de estrellas.
Nuestras cabezas,
rabiosa melancolía.

SOLEDADES ÚNICAS

Hundirme en soledades amigas
después en ti
una y dos
dos y tres veces
fundirme en el silencio,
explorar los reveses
de tus caderas y tus labios.
Gesto último del flash cuyo ojo me deja
la idea de que soy parte de una credencial extraviada.

ELLA

Guirnalda de labios

cosecha de cuerpos

en lúbrica eclosión.

Hathor al cálido sur,

Venus y Kriemheld del indulgente regazo

embriaga a los héroes.

Quiebra inocente

los pérfidos adioses

húmedo consuelo

Madre y amante,

consorte de hombres y dioses.

TAN JÓVENES TÚ Y LA LLUVIA

Enfermo.

Claveteado,

de la tarde herida de muerte
plásticas flamas.

Giro con tus pasos perdidos

tu cuerpo se escapa

en el zócalo triste a navegar

coloreado de tiros

y en cámara lenta.

Laberínticas sombras adolescentes.

Contornos

aperlados

acuáticas

cabriolas

creamos.

Tibia marejada

mis manos mutan

en pájaros sagrados

y se confunden

en la borrasca virgen
contenida
entre tus muslos.

RETORNOS

Cadáveres amados, alto...

la nostalgia

bajo el polvo

no conmigo

sino en tu piel de estrellas.

Dormitan,

caen como la pureza.

Ahí, en lo infinito,

guardo de la noche

tu vientre querido.

Añoranza es castillo,

retorno a la tierra

atesoro nada

en mis manos

sino paisaje mudo.

